

“Cuando se acercaba a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello; y le informaron: “Pasa Jesús el Nazareno”. Entonces empezó a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”. Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Él dijo: “Señor, que recobre la vista”. Jesús le dijo: “Recobra la vista, tu fe te ha salvado”. Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios” (Lc 18, 35-43).

El arzobispo de Valencia desarrolla su carta pastoral en torno al encuentro entre Jesús y el ciego de Jericó, al que el Señor le hace la pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?”, con la que monseñor Osoro titula su reflexión. (Ilustramos la carta con la pintura ‘Curación de un ciego’, del artista especializado en arte religioso Brian Jelke -Wisconsin, 1951-).



CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE VALENCIA

(AL COMIENZO DEL CURSO 2013-2014)

“¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?” (Lc 18,41)

INTRODUCCIÓN

La pasión por vivir el mandato del Señor, “seréis mis testigos” e “id y anunciad el Evangelio”, nos impulsa a preguntar: “¿qué quieres que haga por ti?”

1. ¿Qué regalo tan maravilloso ha sido la Encíclica sobre la fe, “Lumen Fidei”, del Papa Francisco! Fijaos cómo entre otras cosas nos dice que una mentalidad puramente racionalista y autónoma que promueve un mundo edificado sobre el cálculo y la experimentación, que apuesta por una cultura que excluye a Dios de la vida humana, empequeñece y atemoriza al hombre: “Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, éste queda en la oscuridad, y deja al hombre

con miedo a lo desconocido. De este modo, el hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija”¹.

Ante esta situación, el Santo Padre sostiene que “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre”². Son necesarios el equilibrio entre la razón autónoma y la fe cristiana, la promoción de la dignidad humana y el ejemplo de testigos

que transparenten con coherencia dicha luz de la fe. En la convivencia entre laicos y cristianos debemos provocar un diálogo siendo fieles a la vida de fe que proviene del Verbo, de la Razón Creadora, y que por eso también está abierta a todo lo que es verdaderamente racional. Más aún, el origen de esta luz no somos nosotros mismos sino Dios. “La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida”³.

2. “Seréis mis testigos” es el lema del presente curso pastoral. Es la sinfonía que va a resonar en nuestros corazones en la cuarta fase del Itinerario Diocesano de Renovación (IDR). Precisamente por eso, he sentido la urgencia de acercarme a todos los cristianos de nuestra Iglesia Diocesana y personas de

buena voluntad con esta carta pastoral, que he titulado con la misma expresión que utilizó Jesús, cuando se encontró con aquel ciego al borde del camino al que le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Y es que “seréis mis testigos” e “id y anunciad el Evangelio”, son signos de la presencia de Jesús en el mundo, que quiere que su Iglesia continúe revelando su rostro y haciendo el bien que Él hizo. Ésta es la esencia y el papel de la Iglesia en este mundo. La Iglesia tiene la misión de cumplir el mandato de Jesús. El mandato del Señor apremia a todos los cristianos. Hay que salir, hay que marchar a los lugares donde habitan los hombres, hay que comunicar lo que hemos recibido de Jesucristo. Este apasionante desafío hay que hacerlo conociendo la situación de los hombres, la periferia donde se encuentran. Por eso en la misión, la pregunta de Jesús al ciego es ineludible: “¿Qué quieres que



“En la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, el Papa Francisco invitaba a salir de sí mismos, a anunciar a Jesucristo, hizo que resonasen en toda la Iglesia aquellas palabras de Cristo: ‘Id por el mundo y proclamad el Evangelio’”.

(En la fotografía, Francisco visita una favela de Río de Janeiro, durante su visita a Río con motivo de la MJM).

haga por tí?”. Hoy, ante tantas y tan diversas situaciones en las que vivimos esta pregunta es inevitable, de tal manera que el “seréis mis testigos” es la mejor y la única respuesta que tenemos los cristianos a la pregunta más crucial e importante de nuestra vida. Y es que, en lo más profundo del corazón de un discípulo de Jesucristo, anida el deseo y el compromiso de que todo ser humano experimente el Amor de Dios manifestado en Jesucristo, que cambia la vida, la perspectiva y el corazón del hombre. Tengamos la certeza de que el Señor se acerca a nuestra vida, Él quiere que seamos sus testigos y sabe muy bien que sin su gracia, su fuerza y cercanía no hay capacidad para ser testigos de Él.

“La fe sabe que Dios se ha hecho muy cercano a nosotros, que Cristo se nos ha dado como un gran don que nos transforma interiormente, que habita en nosotros, y así nos da la luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano. Así podemos entender la novedad que aporta la fe. El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo. Por eso, San Pablo puede afirmar: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20), y exhortar: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones» (Ef 3, 17). En la fe, el «yo» del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así

Hay que salir, marchar a donde habitan los hombres, comunicar lo que hemos recibido de Cristo. Este apasionante desafío hay que hacerlo conociendo la situación de los hombres, la periferia donde se encuentran

su vida se hace más grande en el Amor. En esto consiste la acción propia del Espíritu Santo. El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partí-

cipe de su Amor, que es el Espíritu. Y en este Amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús”¹.

3. En la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, el Papa Francisco invitaba a los jóvenes a salir de sí mismos, a anunciar a Jesucristo, hizo que resonasen en toda la Iglesia aquellas palabras de Cristo: “Id por el mundo y proclamad el Evangelio” (Mc 16, 15). El mismo Espíritu que nos ha hecho hijos de Dios y que, en estos años en el IDR, nos urgía a vivir en la escucha, en el conocimiento, en la identificación y en la comunión con Jesucristo a través de estas palabras: “¡Ojalá escuchéis hoy su voz!”, “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”, “para mí la vida es Cristo”, es el mismo que en estos momentos nos impulsa a la evangelización: “Seréis mis testigos”. ¡Qué bien explica el Papa Francisco por qué tenemos que ser testigos del Señor, que sigamos interpelando a todos los hombres en todas sus situaciones! Hay que preguntarles “¿qué quieres que haga por tí?”. Lo ha dicho de una manera muy clara el Papa cuando hablaba a los Obispos de Brasil y les decía: “Hoy nos encontramos en un nuevo momento. Como ha expresado bien el Documento de Aparecida, no es una época de cambios, sino un cambio de época. Entonces, también hoy es urgente preguntarse: ¿qué nos pide Dios?... No hay que ceder al desencanto, al desánimo, a las la-

mentaciones... Hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos. Necesitamos una Iglesia capaz de encontrarlos en su camino. Necesitamos una Iglesia capaz de entrar en su conversación..., hace falta una Iglesia capaz de acompañar, de ir más allá del mero escuchar; una Iglesia que acompañe en el camino poniéndose en marcha con la gente; una Iglesia que pueda descifrar esa noche que entraña la fuga de Jerusalén de tantos hermanos y hermanas; una Iglesia que se dé cuenta de que las razones por las que hay gente que se aleja contienen ya en sí mismas también los motivos para un posible retorno, pero es necesario saber leer el todo con valentía...”².

4. Jesucristo, a través de y en su Iglesia, nos confía la misión fundamental de comunicar a los demás el don de la salvación y nos invita a participar en la construcción de su Reino. ¡Qué hondura, fuerza y felicidad produce y tiene en nuestras vidas ese “sí” dado a Cristo y a su Iglesia! ¡Qué Amor más grande! Este Amor de Cristo, incondicional, debe ser el alma de nuestro apostolado: “el amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5, 14) y aquellas otras palabras en las que el Apóstol dice “predicar el Evangelio no es ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Co 9, 16). Ciertamente, la Iglesia es una comunidad misionera. Cada bauti-

zado está llamado por Cristo a ser apóstol, “como el Padre me envió, también os envío yo” (Jn 20, 21).

5. Para el IDR, en este curso pastoral, hemos elegido un lema que nos convoca a toda la Iglesia Diocesana a la misión: “Seréis mis testigos”. La fidelidad al mandato de Jesús impulsa a la Iglesia a la misión, a vivir con fuerza el compromiso de hacer posible que las comunidades cristianas sean vivas y dinámicas, donde germine la vida plena y donde los corazones de los cristianos rezumen de amor a Dios y a los hermanos, que les impulse a compartir los tesoros inestimables de la fe, de la esperanza y de la caridad³. Este compromiso de “seréis mis testigos” nos empuja a tener la osadía y el coraje de preguntar a todos nuestros hermanos: “¿Qué quieres que haga por tí?”. Es la misma pregunta con la que Nuestro Señor Jesucristo salió por los caminos de este mundo, y la brújula que ayuda a la Iglesia a seguir las huellas del Maestro.

6. Por ello, la reflexión que os propongo nace de la meditación de este texto del Evangelio de San Lucas, que intentaré ir comentando por versículos: “Cuando se acercaba a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello; y le informaron: Pasa Jesús Nazareno. Entonces empezó a gritar: ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí! Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: ‘¡Hijo de David, ten compasión de mí!’ Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó: ‘¿Qué quieres que haga por tí?’ Él le dijo: ‘Señor que vea otra vez’. Jesús le dijo: ‘Recobra la vista, tu fe te ha salvado’. Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo al ver esto alabó a Dios” (Lc 18, 35-43).

“Cuando se acercaba a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo”

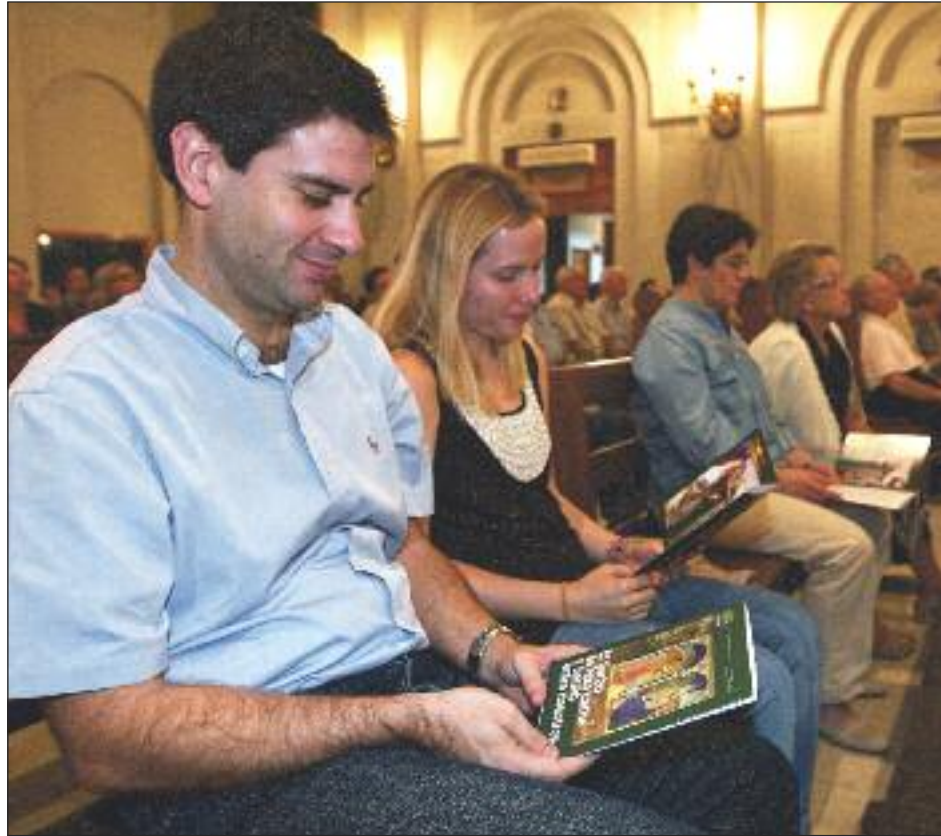
I. Como Jesucristo, la Iglesia permanece junto a los hombres, en todas sus situaciones

7. Hay que salir a los caminos de este mundo, tenemos el mandato del Señor de ir a todos los hombres y anunciarles el Evangelio. Hemos de tener esta seguridad, que un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza, solamente Dios puede crear justicia. A este mundo, como muy bien nos ha dicho el Papa Francisco, hay que ir encarnando las bienaventuranzas y haciendo visible la imagen responsable que nos ofrece el juicio final (cf. Mt 5, 3-12), proclamar que la dicha de habernos encontrado

con el Señor, se manifiesta y verifica en obras. “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 34-36). A mí personalmente, siempre me ha impresionado ver cómo el Señor siempre estuvo al lado de los hombres, salió por todos los caminos y se hizo el enconradizo con los hombres y mujeres de su tiempo en las diversas situaciones en las que vivían. Es necesario que todos experimentemos la cercanía de Dios, que se

con Cristo por obra del Espíritu Santo. ¡Qué maravilla sabernos nueva creación, nueva criatura, nuevo pueblo, partícipes de la vida eterna e hijos de Dios!

9. La Iglesia, al igual que el Señor se hizo cercano a los hombres que encontró en el camino de Jericó, tiene que salir a los caminos a servir a los hombres y mujeres de su tiempo. Jesucristo ha mandado y encomendado a su Iglesia que forme parte de la historia de los hombres, que se incardine en todas las geografías, pues para la Iglesia no hay confines ni tampoco fronteras, sino que se siente responsable del anuncio del Evangelio a todos los hombres y a todos los pueblos⁷. En eso consiste la



Don Carlos explica en su carta que en el curso que ahora comienza el lema del IDR es ‘Seréis mis testigos’ e invita a compartir a través de él “los tesoros inestimables de la fe, de la esperanza y de la caridad”. (Participantes en el Itinerario Diocesano de Renovación (IDR), en la parroquia San Pascual Bailón).

ocupa de todos y cada uno de los hombres en su realidad concreta. ¡Qué impresionante es ver a Jesucristo, cómo lleva al mundo el rostro de Dios y lo manifiesta, es Él! Todas las situaciones de los hombres, todos los caminos, son propicios para manifestar esa cercanía de Dios.

8. Lo más grande de Nuestro Señor Jesucristo es que revela cómo Dios se acerca a la vida de las personas, y que toma rostro humano. Gracias al rostro de Jesucristo conocemos lo que quiere del hombre y lo que hace por el hombre (cf. GS 22). ¡Qué fuerza tienen esas palabras del Evangelio de San Juan, “vino a su casa” (Jn 1, 11), “a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios” (Jn 1, 12)! ¿Sabéis lo que significa recibir al Señor? ¿Somos conscientes de la necesidad del anuncio de Jesucristo a los hombres, que puedan conocerlo y vivir en Él, por Él y de Él? Recibir al Señor significa, nada más ni nada menos, que dejarse configurar por Él hasta el punto de ser identificados

evangelización: en el anuncio y en el testimonio de que el Dios trascendente y omnipotente se acerca y podemos establecer una relación personal con Él, sin temor, sino experimentando su Amor. El que era desconocido, se hace conocido, revela su rostro, lo muestra, ilumina todo lo que lo estaba oculto, entra en nuestro mundo, lo transforma, lo ilumina y lo llena de Vida.

10. La Iglesia tiene que seguir realizando el mismo servicio de Cristo al mundo, ha de ser germen de esperanza, consciente de que su misión y su servicio no pueden agotarse en el ámbito de la realidad espacio-temporal. Tenemos por delante una tarea excepcional, hay muchos hombres al borde del camino, en las periferias, y otros que, aun estando aparentemente dentro, sin embargo, aún no conocen en verdad a Jesucristo⁸. ¡Cómo impresiona esta página del Evangelio en la que vemos a Jesucristo deteniéndose en una situación de tremenda oscuridad de un ser humano! Es una página paradigmática

Hemos de tener esta seguridad, que un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza, solamente Dios puede crear justicia

para la Iglesia. En ella descubrimos cómo la Iglesia, al igual que su Señor, busca transformar el mundo con la proclamación del Evangelio del amor, “que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar... y así llevar la luz de Dios al mundo”⁹. A esta misión y a realizar este servicio, es a la que envía el Señor a su Iglesia, de la cual nosotros somos parte. Una misión que se encuentra entre dos polos: el anuncio explícito del Evangelio, y la atención al hombre concreto y al contexto en el que vive. Este doble reto de la evangelización encuentra su equilibrio en estas palabras: “El testimonio de la caridad de Cristo mediante obras de justicia, paz y desarrollo forma parte de la evangelización, porque a Jesucristo, que nos ama, le interesa todo el hombre”¹⁰. En consecuencia, todas y cada una de las instituciones y obras que tiene la Iglesia están llamadas a testimoniar la caridad de Cristo. Seamos capaces de encarnar y hacer visible este Amor en todos los lugares y circunstancias donde la Iglesia está presente.

“Y le informaron: pasa Jesús el Nazareno”

II. La Iglesia muestra el rostro de Jesucristo a cada hombre

11. El Papa Pablo VI afirmaba que “evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo”¹¹. La evangelización no consiste en transmitir una doctrina, sino en anunciar a Jesucristo, dar a conocer el misterio de su persona y de su amor. ¿Qué es lo que sucede en este pasaje del Evangelio? Algo muy sencillo y muy normal, que acontece todos los días en nuestra vida. Un hombre ciego (la ceguera no solamente es la física) que está al borde del camino, que como un mendigo, un necesitado de vida y verdad, está pidiendo. Pero nadie de los que pasan a su lado le da lo que más necesita para saciar el hambre que tiene en lo más profundo de su ser.

Tiene hambre de lo más necesario, que es el amor, la cercanía, la comprensión para curar su ceguera que le provoca angustia, desilusión y desesperanza. Esta hambre solamente la puede quitar Dios. El ciego oyó alboroto entre mucha gente que pasaba pero percibió algo diferente en ese pasar y pasar de gente. Por eso preguntó “¿qué era aquello?”. Seguro que él había oído hablar de Jesús, pero nunca lo había tenido tan cerca. Alguien le respondió a su pregunta y le informó de quién pasaba por allí. Es muy importante preguntar, pero aún lo es más el que tengamos a alguien que nos responda. ¡Qué trascendental fue para aquel ciego que hubiese alguien que le dijese con claridad, “pasa Jesús el Nazareno”! En nuestra vida necesitamos personas que nos indiquen que el Señor está a nuestro lado, que Dios no es un extraño a la humanidad, ni le es ajena la vida y la historia personal y colectiva de cada ser humano.

12. En el momento histórico que vivimos, tiene una importancia capital que haya hombres y mujeres que nos indiquen que el Señor pasa por nuestro lado. Es más, que muestren con sus vidas el rostro del Señor, que “huelan” de tal manera al Señor, que los hombres y mujeres de nuestro tiempo, cuando pregunten, puedan escuchar con palabras y obras, “pasa Jesús”. Necesitamos de hombres y mujeres que a través de una fe iluminada y vivida hagan a Dios creíble en este mundo. Tenemos necesidad de hombres y mujeres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y cuyos corazones estén abiertos a Dios, de modo que su intelecto pueda hablar al de los otros y pueda abrir el corazón de los demás. Hombres y mujeres que, teniendo la mirada puesta en Dios, aprendan de Él la verdadera humanidad. Sólo a través de hombres y mujeres tocados por Dios, Dios puede acercarse a los hombres¹². A quien se encuentra con Cristo, le urge salir a anunciarlo, es irrenunciable. Recuerdo, en este sentido, esa página del Evangelio de San Mateo (Mt 20, 19-23) en la

Tenemos que preguntarnos: ¿soy cauce para que otros puedan conocer y encontrarse con el Señor? ¿Doy a conocer con mi anuncio y con mi vida que Dios pasa por aquí y que está al lado del hombre?

que, precisamente, se ve tan claramente que en el encuentro con el Señor se da al mismo tiempo la misión, de tal manera que podemos afirmar que no hay encuentro sin misión y no hay misión sin encuentro con Jesucristo.

13. Vivimos un momento extraordinario de la humanidad, se percibe la necesidad que tienen los hombres del Dios vivo y verdadero. Es cierto que hay una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones, a la promoción del ser humano en todos sus aspectos, a la educación, a la defensa de la dignidad de la persona, a la construcción de una sociedad más justa. Tampoco podemos esconder que hay signos que nos preocupan, pues hay algunos valores

fundamentales que sufren una degradación, como son una concepción equivocada de la autonomía personal, una interpretación que empequeñece y falsea la idea y la experiencia de la libertad concebida no como capacidad para llevar a cabo la verdad del proyecto de Dios, una interpretación ambigua de la autoridad, dificultades reales en la transmisión de valores importantes, crisis de la familia, de la fidelidad, de los compromisos de por vida, del valor de la vida misma. También afloran egoísmos tremendos en la vida de las personas que miran más para sí mismas y olvidan a los demás. Junto a todas estas sombras, encontramos en muchos lugares de la tierra falta de medios básicos para sobrevivir: alimento, trabajo, vivienda, medicinas, libertades fundamentales... Cada discípulo de Cristo, que sabe que nuestra misión es “seréis mis testigos”, tenemos que preguntarnos: ¿soy cauce para que otros puedan conocer y encontrarse con el Señor? ¿Doy a conocer con mi anuncio y con mi vida que Dios pasa por aquí y que está al lado del hombre?

14. En la actualidad, sigue existiendo el conflicto entre dos amores del que nos hablaba San Agustín: “el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí, y el amor de sí mismo llevado hasta el desprecio de Dios”¹³. Y ello, a nosotros los cristianos, nos lleva a tener más conciencia de la misión y de la necesidad de vivir lo que este año nuestra Iglesia Diocesana en el IDR nos propone: “seréis mis testigos”. Unos apóstoles que tienen el atrevimiento de decir a los hombres que se encuentran por el camino: “¿qué quieres que haga por ti?”, testimoniando con sus vidas que los demás son más importantes que uno mismo. Encontrarnos con el Amor mismo que es Jesucristo es lo que garantiza que nuestra humanidad tenga la verdadera sabiduría, que engendrará el “nuevo humanismo” que no solamente no aparta a los hombres de la relación con Dios, sino que los conduce a esa relación, ya que confiere la verdad de lo

que es la persona humana y las relaciones entre los hombres. “Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría” (GS 15). Tenemos que aprender de Nuestro Señor Jesucristo a ser Evangelio de Amor para la humanidad: con su Palabra, con sus discípulos y con el mundo. Este amor triple tiene que ser el manantial de donde fluya y emane todo nuestro empeño evangelizador: amor a la Palabra de Dios, amor a la Iglesia y amor al mundo. Y ello porque, a través de la Palabra, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida, en su doctrina; porque al llamarnos a la pertenencia eclesial ha querido contar con nosotros para seguir mostrando su rostro, y porque desea que hagamos vida lo que Él nos dice, “he venido no para condenar al mundo sino para salvarlo”. Solamente la Palabra puede cambiar el corazón del hombre. Acojamos a Cristo con el mismo deseo que el ciego tenía de estar al lado de Jesús.

“Entonces empezó a gritar: ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”

III. El corazón del hombre tiene hambre de Dios

15. Hay unas palabras del Beato Juan Pablo II, que escribió en el inicio de su pontificado y a las que luego me referiré, que a mí siempre me llenan de sugerencias, sobre todo en estos momentos en que os estoy escribiendo esta carta pastoral, que desea ser una meditación que nos ayude a realizar la tarea de la misión que, como Iglesia de Jesucristo, tenemos aquí en estas tierras de nuestra Archidiócesis de Valencia en este próximo curso pastoral 2013-2014. El grito del ciego de Jericó

es el grito que todo ser humano consciente o inconscientemente da en su vida, porque tiene necesidad de la cercanía de Dios y no para hasta que Dios no se acerque a su vida. Es verdad que quizá se fabrican otros dioses que no son el Dios verdadero, pero todo hombre que viene a este mundo, en lo más profundo de su corazón, barrunta la necesidad de Dios. No le vale cualquier dios para llenar su corazón y curar las heridas que tiene y que por sus propias fuerzas no puede curar. Tampoco le puede curar un dios que él mismo se construye o recoge, que no le manifiesta ni le entrega lo que necesita el ser humano para vivir en plenitud. Las palabras del ciego de Jericó son las que todo ser humano articula de una manera u otra: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Necesitamos sentir que alguien nos ama, nos conforma, nos alienta, nos da felicidad, nos hace ser, nos da seguridad y firmeza, nos da presente y futuro. La compasión que pide el ciego de Jericó es que Jesús tenga compasión por su persona, lo acoja, le dé su gracia y su amor, le dé su luz, le quite la oscuridad en la que vive, le dé su aliento, le dé fundamentos. Esto es lo que necesita todo ser humano.

16. Tenemos que estar convencidos de la necesidad de nuestra misión. El Señor nos ha llamado para una misión fundamental. Sin ella el ser humano no puede vivir. Nos ha dicho “seréis mis testigos”. Hemos de estar disponibles para esta tarea. Se trata de que Jesucristo, que es Amor, regala al hombre la plena afinidad con la verdad y nos invita a vivir continuamente en ella. Es una verdad que es su misma vida, que configura al hombre y nos impulsa a vivir continuamente en y desde ella. Jesucristo, como Palabra de Dios (el Logos, el Verbo), es la verdad de todas las cosas y de todos los hombres, es decir, el origen racional, el fundamento y el sentido de toda realidad. Necesitamos de nuevo buscar la Verdad y tener el valor de admitirla, ya que es Cristo quien nos exige que la busquemos (VS 82). Ella nos introduce en la realidad de Dios y de nosotros mismos. Cristo no ha dicho: “Yo soy la costumbre”, sino “yo soy la Verdad”. Él nos exige que busquemos la verdad, lo que nos introduce en la realidad del Creador, del Salvador, de nuestro propio ser”. Esta Verdad es distinta a las verdades egoístas y superficiales del ser humano. La Verdad de la fe cristiana es Cristo y no admite cambios ni sustituciones: es una Verdad y una certeza personal. Es la Roca sobre la que edificamos nuestra fe (Salmo 17). Fuera de esa Verdad que es el mismo Jesucristo, estamos perdidos y tenemos necesidad de gritar “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. ¡Qué fuerza tiene la presencia del Señor junto al ciego de Jericó! Y es que la Verdad y el Amor, que es el mismo Jesucristo, ensanchan e impulsan la inteligencia humana hacia horizontes inexplorados. Jesucristo atrae hacia sí el corazón de todo ser humano, lo dilata, lo colma de alegría, de paz, de ini-



“El Amor tiene su origen en Dios y siempre mueve a la persona a comprometerse con valentía en construir su vida y la de los demás dando rostro a Jesucristo. Solamente haremos verdad ‘seréis mis testigos’, si es que vivimos en el amor. ¡Qué belleza tiene el corazón de la vida cristiana que es el Amor!”.

ciativas que buscan la dignidad y el desarrollo de todos los hombres. Es impresionante comprobar que la Verdad de Cristo, en cuanto toca a cada persona que busca siempre la alegría, la felicidad y el sentido, supera cualquier otra verdad que la razón pueda encontrar. ¡Qué comprobación más evidente hacemos en este encuentro con el ciego de Jericó! La Verdad que es Cristo nos

Todo hombre, en lo más profundo de su corazón, barrunta la necesidad de Dios. No le vale cualquier dios para llenar su corazón y curar las heridas que tiene y que por sus propias fuerzas no puede curar

busca. Hemos de decir a los hombres que se dejen interpelar por quien se acerca a sus vidas, que es Cristo.

17. Las palabras del Beato Juan Pablo II que deseo recordar ahora son las siguientes: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es –si puede expresarse así– la dimensión humana del misterio de la Redención”¹⁴.

El Amor y la Verdad son como dos caras de ese don inmenso que viene de Dios y que tienen un rostro que se ha manifestado y revelado en Jesucristo. Conocemos la Verdad y el Amor en Jesucristo. Sabemos que el hombre no puede vivir sin amor. Por eso, proponemos la persona de Jesucristo, pues la caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El Amor tiene su origen en Dios y siempre mueve a la persona a comprometerse con valentía en construir su vida y la de los demás dando rostro a Jesucristo. Solamente haremos verdad “seréis mis testigos”, si es que vivimos en el amor. ¡Qué belleza tiene el corazón de la vida cristiana que es el Amor! Quizá, la respuesta más ade-

cuada para la pregunta que hizo el Señor al ciego de nacimiento, “¿qué quieres que haga por ti?”, sea ir recorriendo lo que el Señor dice en la parábola del buen samaritano, cuando el maestro de la ley preguntó a Jesús: “¿quién es mi prójimo?”. Y el Señor responde invirtiendo la pregunta y mostrando con el relato del buen samaritano cómo cada uno debemos convertirnos en prójimos del otro, “vete y haz tú lo mismo” (Cf. Lc 10, 29-37).

“Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte, ¡Hijo de David, ten compasión de mí!”

IV. La Iglesia derriba los muros que impiden el encuentro con Dios

18. Las dificultades que malogran el encuentro con Dios, y que impiden que descubramos la grandeza de nuestra vida, vienen de dentro y de fuera. Es verdad que están nuestros pecados, que también nos privan de ver quiénes somos y comportarnos como tales, pero, como al ciego de Jericó, hay dificultades de fuera. “los que iban delante lo regañaban para que se callara”. El encuentro con Jesucristo se lo impedían desde fuera. Es urgente, como nos dice el Señor en el Evangelio, “ser sus testigos”. El hombre tiene sed y hambre de



Monseñor Osoro realiza una descripción de la sociedad actual, repleta de matices, positivos en muchos casos y preocupantes en otros: “Es cierto que hay una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones, a la promoción del ser humano en todos sus aspectos, a la educación, a la defensa de la dignidad de la persona (...). Tampoco podemos esconder que hay (...) una concepción equivocada de la autonomía personal, una interpretación que empequeñece y falsea la idea y la experiencia de la libertad concebida no como capacidad para llevar a cabo la verdad del proyecto de Dios, una interpretación ambigua de la autoridad, dificultades reales en la transmisión de valores importantes (...). Junto a todas estas sombras, encontramos en muchos lugares de la tierra falta de medios básicos para sobrevivir”.



“Salgamos a la misión y quitemos de la vida de los hombres las dificultades que frustran el encuentro con Dios”.

(Dos jóvenes católicos hablan de Jesucristo a dos viandantes en el barrio del Carmen de Valencia. Fue una de las acciones evangelizadoras que se desarrollaron en la capital valenciana durante el Congreso Nacional de Pastoral Juvenil organizado el pasado mes de noviembre por la Conferencia Episcopal Española)

VÍCTOR GUTIÉRREZ

Dios. Este momento de la historia es de hambre de Dios. Es verdad que se quiere saciar de maneras muy diversas, que a veces parece que nos hacen creer que Dios no es necesario. No nos engañemos, en lo más profundo del ser humano, en el núcleo de su existencia hay una necesidad imperiosa de Dios, estamos creados por Dios mismo a su imagen y semejanza y Él ha puesto su impronta en nuestro corazón. Cuando no vivimos como imágenes de Dios, ni estamos a gusto con nosotros mismos, ni hacemos felices a los demás, vamos contra nuestra propia identidad. Siempre me ha gustado escuchar una invitación que cantan los monjes en los monasterios que dice así: “venid adoremos al Señor, que nos ha creado”. Estas palabras encierran una verdad y una sabiduría inmensa. Salgamos a la misión y quitemos de la vida de los hombres las dificultades que frustran el encuentro con Dios, las de dentro, el pecado, y las de fuera, que oscurecen la presencia de la Iglesia de Cristo. Salgamos a la misión.

19. Cuando rezamos el Credo, comenzamos diciendo: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”. Pero la revelación profundiza aún más, pues no solamente dice que Dios creó al hombre, sino que añade algo esencial, creó al hombre a su imagen y semejanza, es decir, es una imagen inmediata, una copia de Dios. “Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”... “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Gn 1, 26 s.). ¡Qué maravilla! ¡Qué belleza más grande la del ser humano! ¡Qué capacidades ha puesto Dios en nuestra vida! ¡Qué muestras de esta realidad nos ha revelado y manifestado

con su propia vida Jesucristo! “El día en que Dios creó al hombre, a imagen de Dios lo hizo. Los creó varón y mujer, los bendijo y les puso el nombre de Adán el día en que los creó” (Gn 5, 1 s.). Es bellísima la aclaración que hace el Libro de la Sabiduría sobre el relato de la creación: “Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propio ser” (Sab 2, 23). Aún esa belleza adquiere más hondura cuando leemos el Libro del Eclesiástico: “Le revisió (al hombre) de una fuerza como la suya y los hizo a su propia imagen” (Eclo 17, 3). En estas palabras brilla de una manera especial toda la grandeza y la dignidad del ser humano, pero se pone de manifiesto también su pequeñez y la dependencia que tiene, ya que quien es imagen de otro, recibe su grandeza y su hermosura del modelo. Lo importante es el “Espejo-Origen”. Si el hombre se aparta del espejo original o se nubla o se ensucia, queda sin saber quién es, queda sin realidad. Por ello, qué importante es mantener la cercanía de Dios a los hombres y eliminar todo aquello que impida que el ser humano pueda estar cerca de Dios. En este sentido, la Iglesia tiene una misión extraordinaria, sublimé, la más grande que se puede tener: mantener al hombre en la cercanía de quien le da identidad, sentido, y vida, de quien le hace ser lo que tiene que ser. Esto es lo que nos enseña Nuestro Señor Jesucristo cuando sale por los caminos. Él quiere manifestar que solamente en la cercanía de Dios el hombre se cura, se salva, cura las heridas y se hace capaz de ser para los demás lo que tiene que ser “espejo viviente de Dios”.

20. Hay que eliminar todo lo que impida al hombre encontrarse con Dios. “Seréis mis testigos” tiene que ver con esa misión que debe ser la primera y más

importante tarea de la Iglesia y de todo aquél que vive conscientemente de que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Hemos de ser trasunto del Señor. Hemos de hacernos espejos cada día

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Lo importante es el ‘Espejo-Origen’. Si el hombre se aparta del espejo original o se nubla o se ensucia, queda sin saber quién es, queda sin realidad

más vivientes y más amantes del Señor. Qué fuerza adquiere para nosotros esa expresión que se les dice a los niños cuando se parecen tanto al padre o a la madre: “¡tiene la misma cara!”. El ser humano anhela, ansía, tiene necesidad, está inscrito en su propia naturaleza el

tener el rostro de Dios y mostrar que es hijo de Dios. Es verdad que el pecado rompe esa imagen, pero también es verdad que en Cristo esa imagen se ha recuperado para todos los hombres. Los hombres han de conocer a Jesucristo, han de entrar en comunión con Él.

21. Ser imagen de Dios es la esencia del hombre, es un don de Dios pero al mismo tiempo una tarea. Nuestro Señor Jesucristo nos ha mostrado el rostro real de Dios haciéndose, Él mismo, hombre y nos muestra la verdadera imagen que tiene que tener el hombre y cómo puede conseguirla (cf. GS 22). Y Él nos da la fuerza, la gracia y el amor para que, viviendo en una comunión con Él, mostremos el rostro de Dios. Cristo es el centro del hombre. Por eso, tienen para nosotros un profundo significado las palabras del Apóstol San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo” (Gal 2, 19), “Vivo yo, pero ya no como Yo; es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20). En Cristo y por Cristo ha surgido un hombre nuevo, una verdadera persona y personalidad humana, que no está dominada por la individualidad, ni por el amor propio o el egoísmo. Ha surgido el verdadero hombre.

Quitemos lo que impide el encuentro con Dios. Al hombre no se le puede entender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, sin su referencia a Dios. Es imposible que el hombre por sí solo responda a los interrogantes fundamentales que agitan su corazón con respecto al sentido de su existencia. El destino del ser humano sin su referencia a Dios es la desolación, la angustia y la desesperanza. Tiene necesidad de referir su vida al Dios-Amor que se nos ha revelado en Jesucristo. El hombre tiene que saber que es amado por Dios. San Ireneo es-

cribe: “El Verbo se ha hecho dispensador de la gloria del Padre en beneficio de los hombres... Gloria de Dios es el hombre que vive y su vida consiste en la visión de Dios”¹⁵. La gloria de Dios se manifiesta en la salvación del hombre, “tanto amó Dios que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). El amor es la razón última de la Encarnación de Cristo. Así decía el teólogo católico del siglo XX Hans Urs von Balthasar: Dios “no es, en primer lugar, potencia absoluta, sino amor absoluto, cuya soberanía no se manifiesta en tener para sí mismo todo lo que le pertenece, sino en abandonarlo”¹⁶. Lo mismo que Jesucristo mostró su amor, la Iglesia que quiere hacer presente al Señor y desea ser testigo fuerte de Él, lo hará presente con sus propios gestos, pero muy especialmente acercando la presencia amorosa del Señor a cada ser humano.

22. Es muy importante que no olvidemos que existen cadenas exteriores que amenazan y atan al hombre. Son cadenas que tienen una manifestación externa, pero fluyen del interior, del pecado, y de una falsa concepción del hombre y de sus relaciones con los demás. El relativismo cerrado a la trascendencia es una cadena muy fuerte, la búsqueda de poder como sea y a costa de lo que fuere, el lucro utilizando cualquier medio, la droga, las relaciones afectivas vividas en desorden total, la crisis y la confusión que se vive, se extienden en ámbitos importantes donde se construye la vida, como es el matrimonio o el no reconocimiento del ser humano en todas las etapas de su vida, etc. Tengamos la valentía de Jesucristo. Recordemos, como discípulos suyos que somos para los demás, que estamos junto a los demás y no de cualquier manera sino como hermanos. Hemos de entregarnos a los demás pues en esa tarea encontramos la vida. Somos criaturas e hijos de Dios con la capacidad que la comunión con el Señor nos da para hacer siempre el bien. Tratemos por todos los medios de acercar a Dios a los hombres. Es en esta cercanía de Dios donde el ser humano cambia desde dentro, se convierte (metanoia), solamente el amor infinito lo libra del pecado, del aislamiento. ¡Qué misión tan maravillosa recordar que el hombre no ha sido creado solamente para vivir para sí mismo! “El pan nuestro de cada día” es el amor de Dios, esto nos alimenta y nos dispone a amar y a servir a los demás. Para esto ha sido creado el hombre. Acercuemos este alimento a los hombres. ¡Qué tarea y qué misión más admirable! Estoy convencido de que, en la medida que se le conozca más, muchos ofrecerán la vida para realizar esta tarea e impedir lo que al ciego de Jericó le pasó, que “los que iban delante lo regañaban para que se callara”. Hagamos posible que los hombres todos puedan gritar y que existan oídos como los del Señor que oigan ese grito: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”.

“Jesús se paró y mandó que se lo trajeran”

V. La máxima dignidad del hombre: Dios lo ha creado, es su Padre, le regala su vida y lo atiende siempre

23. El ciego de Jericó representa a todos los hombres ante los que Dios siempre se detiene: ante la llamada “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”, Jesús se paró. El hombre necesita la vida de Dios mismo. Esto es lo que pide el ciego y lo que piden todos los hombres. Él siempre está esperando que le llamemos, pero también es verdad que Él se hace el encontradizo con nosotros. Y lo hace a través de personas, de acontecimientos o directamente con gestos y palabras. Muchos no se dan cuenta de la atención que Dios tiene con cada ser humano. Pero es cierto, que Él quiere llegar al corazón de todos y mostrarles dónde se alcanza la dignidad máxima y el pleno desarrollo, dónde se encuentra la mayor riqueza que se puede poseer, que no es otra que dejarse amar y mirar por Dios, dejar que Dios nos entregue su vida¹⁷.

24. En el Bautismo, este regalo que el Señor nos hace de su vida, es donde mejor se expresa y se hace patente. El Bautismo es un “sí” a ese desafío de vivir verdaderamente la vida, diciendo “no” al ataque de la muerte. ¡Qué fuerza tienen las palabras de San Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga, 2, 20). Por el Bautismo se configura nuestra identidad esencial. Por el Bautismo desaparece mi yo, se purifica y se abre por la inserción en Cristo a un nuevo sujeto más grande y transformado. Así, llegamos a ser “uno en Cristo”, a identificarnos con Él (cf. Ga 3, 28). “Yo, pero ya no yo” es la fórmula de la existencia cristiana. Somos

Él siempre está esperando que le llamemos, pero también Él se hace el encontradizo con nosotros. Y lo hace a través de personas, de acontecimientos o con gestos y palabras

hombres nuevos, testigos del resucitado, portadores de la alegría y de la esperanza cristiana, incorporados a la familia de Dios.

25. ¡Qué proeza hizo el Señor con nosotros al darnos la vida de Dios, el Espíritu de amor! Impresiona escuchar estas palabras del Apóstol San Pablo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?... Estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principales, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades ni la altura, ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm 8, 35. 38-39) Y en este amor consiste la vida nueva del cristiano: “El que ama al prójimo ha cumplido la ley... La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud” (Rm 13,

8. 10). ¡Qué milagro: el Hijo de Dios se ha hecho hombre para que seamos hijos de Dios! Dios se detiene ante todo hombre y quiere regalarle su vida, que tenga la vida de Dios y que actúe según esa vida que se le regala como gracia.

26. Hay una página del Beato Juan Pablo II que revela la dignidad del ser humano y cómo, por esa dignidad que ha recibido, Dios siempre se para a escuchar y a atender a cada hombre. El Señor se detiene ante todo ser humano. Nos dice así esa página:

“Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre. En esta misión debemos participar todos, en ella debemos concentrar todas nuestras fuerzas, siendo ella necesaria más que nunca al hombre de nuestro tiempo. Y si tal misión parece encontrar en nuestra época oposiciones más grandes que en cualquier otro tiempo, tal circunstancia demuestra también que es en nuestra época aún más necesaria y -no obstante las oposiciones- es más esperada que nunca. Aquí tocamos indirectamente el misterio de la economía divina que ha unido la salvación y la gracia con la Cruz. No en vano Jesucristo dijo que el “reino de los cielos está en tensión, y los esforzados lo arrebatán”; y además que “los hijos de este siglo son más avisados... que los hijos de la luz”. Aceptamos gustosamente este reproche para ser como aquellos “violentos de Dios” que hemos visto tantas veces en la historia de la Iglesia y que descubrimos todavía hoy para unirnos conscientemente a la gran misión, es decir: revelar a Cristo al mundo, ayudar a todo hombre para que se encuentre a sí mismo en Él, ayudar a las generaciones contemporáneas de nuestros hermanos y hermanas, pueblos, naciones, estados, humanidad, países en vías de desarrollo y países de la opulencia, a todos en definitiva, a conocer



“Por el Bautismo desaparece mi yo, se purifica y se abre por la inserción en Cristo a un nuevo sujeto más grande y transformado”.

BODAS Y BAUTIZOS

las “insondables riquezas de Cristo”, porque éstas son para todo hombre y constituyen el bien de cada uno”¹⁸.

27. En la situación actual que viven los hombres, a ningún discípulo de Cristo le está permitido permanecer ocioso. Con inmensa alegría debemos acoger el llamamiento de Cristo a trabajar en su viña, tomando parte activa, con conciencia clara y con gran responsabilidad en la misión de la Iglesia en esta hora de la historia. Es cierto que se dan nuevas situaciones de todo tipo: eclesiales, sociales, económicas, políticas, culturales. Estas son vividas por hombres concretos que están reclamando nuestra atención y nuestra presencia. Al igual que Nuestro Señor Jesucristo, debemos acercarnos a cada hombre parándonos e interesándonos por ellos. En la lectura continua del Evangelio del miércoles de la XX semana del tiempo ordinario, mientras iba escribiendo esta carta pastoral, la Iglesia en nombre de Jesucristo nos regalaba unas palabras del Señor muy claras que concuerdan con todo lo que os estoy proponiendo: “Todavía salió a eso de las cinco de la tarde, vio otros que estaban allí, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día parados? Le respondieron: Es que nadie nos ha contratado. Y él les dijo: Id también vosotros a mi viña” (Mt 20, 6-7).

28. A todos se nos espera en la viña del Señor; para el ser humano no hay lugar para el ocio, porque Jesucristo se

En la situación actual, a ningún discípulo de Cristo le está permitido permanecer ocioso. Con inmensa alegría debemos acoger el llamamiento de Cristo a trabajar en su viña

para ante todos. Esa misma misión también la tiene que hacer la Iglesia: hay que salir, detenerse, escuchar, mostrar y acercar el amor de Dios. Hay que seguir invitando a los hombres con las mismas palabras de Cristo: “Id vosotros también a mi viña”. Pero esta invitación tiene que ser realizada con compasión,

con la gracia y con el amor de Dios. Es una invitación a la alegría, a la felicidad, a dar la vida por los demás, a alcanzar la libertad haciéndonos esclavos de los otros por amor a ellos. La configuración con Cristo por el Bautismo resuena en lo más íntimo del discípulo de Cristo que es sujeto activo de su misión de salvación. Es urgente mirar cara a cara a este mundo y ver las situaciones por las que pasa cada hombre. Veamos sus inquietudes, sus esperanzas, sus conquistas, sus derrotas y seamos los apóstoles de Cristo lo que Él quiere que seamos, sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Salgamos, detengámonos ante cada hombre, tomemos interés por él, dediquemos tiempo a él sin esperar resultados, hagamos lo mismo que Jesús hizo con el ciego de Jericó, que “se paró y mandó que se lo trajeran”. Así tiene que vivir la Iglesia, con la conciencia de que hoy como siempre la aspiración y la necesidad de Dios es evidente, siguen siendo válidas las palabras de San Agustín: “Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti”¹⁹.

“Cuando estuvo cerca, le preguntó: ¿qué quieres que haga por ti?”

VI. La misión que Jesucristo encarga a su Iglesia: preguntar a todos ¿qué quieres que haga por ti?

29. Mucho me gustaría presentar el modo y la manera en la que el Señor se acercó al ciego de Jericó para decirle: “¿qué quieres que haga por ti?”. ¡Qué tarea más apasionante mostrar cómo Dios nos ama de un modo obstinado y nos envuelve con su inagotable ternura! Así lo hizo Jesucristo con todos los que se encontró en el camino de su vida, mientras estuvo con nosotros en esta historia concreta y en un lugar singular de este mundo. ¡Cuánto necesitan los hombres y nosotros ese abrazo compasivo y misericordioso de Dios! En esa experiencia viva de la misericordia y de la compasión, el ser humano renace y descubre la necesidad que tiene de Dios. Somos destinatarios de la misericordia y de la compasión de Dios. En la pregunta “¿qué quieres que haga por ti?” va inserta la misericordia y la compasión del Señor y con esa pregunta los discípulos de Cristo tenemos que caminar por este mundo, sólo así podemos cumplir ese “seréis mis testigos”.

30. Hay un mensaje que debemos entregar a los hombres. Este mensaje tiene un título que podría decir así: la Misericordia es la fuerza de Dios para transformar el corazón de los hombres. Y pongo con mayúsculas la Misericordia, porque ella es el rostro de Jesucristo. Así, con este rostro, se acercó Dios a este mundo y así tiene que hacerlo la Iglesia que aprende de su Señor el método (camino, vía) desde el que

puede sanar el corazón del hombre y puede hacerle descubrir a Dios y hacer posible que sea acogido en su vida. El rostro de Dios es Misericordia y Compasión. ¿En el Crucificado se puede descubrir el rostro de la Misericordia? Recuerdo muy bien un discurso que el Beato Juan Pablo II dirigió a los enfermos en Polonia, decía así: Cruz y Misericordia son dos misterios que toman rostro en el misterio del sufrimiento humano y en el misterio de la Misericordia divina. Pareciera que se contraponen y, sin embargo, están en recíproca armonía, “la Cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre... La cruz es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre”²⁰.

31. La existencia humana sufre momentos de crisis y de cansancio, de desilusión y de oscuridad. En estas circunstancias también se acerca Jesús para decirnos: “¿qué quieres que haga por ti?” Él ha venido a este mundo y se detiene con cada ser humano, para dar una respuesta definitiva al deseo de vida, de plenitud y de infinito que Dios inscribió en nuestro ser. En su cercanía, a nosotros nos dice: “Yo soy la vida” (Jn 14, 6) y añade: “Yo he venido para que tengan vida” (Jn 10, 10). Pero, ¿qué vida? La intención de Nuestro Señor es clara: Él nos da la misma vida de Dios que está por encima de todas las aspiraciones que pueden brotar en el corazón humano y lo hace con compasión y misericordia. Él sale al encuentro de todos los hombres en cualquier situación que estén, cura a los enfermos y a los que sufren, libera a los endemoniados y rescuita a los muertos. Él nos acompaña, pues nosotros solos no sabemos realizar aquello para lo que hemos sido creados. Nos acompaña y nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6) y como dice San Agustín en una sugerente expresión que aprendí de joven estudiante: “Cristo ha querido crear un lugar donde cada hombre pueda encontrar la vida verdadera”. ¿Cuál es ese lugar? Es su Cuerpo y su Espíritu, en el que toda la realidad humana, redimida y perdonada, se renueva y diviniza.

32. “¿Qué quieres que haga por ti?” sigue siendo una pregunta imposible de responder desde la lógica humana, ya que solamente se puede entender desde la lógica de la misericordia y de la compasión de Dios, que es a la que estamos llamados a vivir. Os habéis preguntado en alguna ocasión ¿por qué Jesús pide amar a los propios enemigos? ¿Por qué pide un amor que excede a la capacidad humana? “Amad a vuestros enemigos” es una propuesta realista, pues tiene en cuenta que en el mundo en el que vivimos hay mucha violencia, mucha injusticia, muchas diferencias, muchos enfrentamientos, muchas distancias. Todo esto solamente se puede superar con un “plus” de amor y de bondad, pero nunca puede ser con nuestros parámetros y



“La Misericordia es la fuerza de Dios para transformar el corazón de los hombres, ella es el rostro de Jesucristo”. (En la imagen, estatua de Cristo Redentor en Río de Janeiro).

criterios. El parámetro será la misericordia de Dios, la que se hizo carne en Jesús, pues es la única que puede desequilibrar el mundo del mal hacia el bien. Misericordia que es el amor mismo de Dios, capaz de extraer de cualquier situación de mal un bien. La misericordia pone un límite al mal, pues pone lo peculiar de Dios, su santidad, el poder de la verdad y del amor. Al acercarse el Señor a nuestras vidas

es misericordioso” (Lc 6, 36-38).

33. Hacer esta pregunta, “¿qué quieres que haga por ti?, a todos los que nos encontremos, requiere estar convencidos de que “fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre”²¹. A partir de esta misericordia, la Iglesia tiene una inquebrantable confianza en el hombre y en su capacidad de recuperarse. La misericordia nos hace testigos creíbles del Amor de Dios. Nuestro poder tiene que ser la gracia y la misericordia, pues la cumbre del poder de Dios es la misericordia y el perdón. ¡Qué distintos seríamos los hombres si comprendiésemos y viviésemos esto! Testimoniar la presencia de Dios siempre es nuestra gran tarea: “seréis mis testigos”. Esta humanidad necesita del testimonio de unos hombres que dan a conocer a un Dios que comprende al hombre y que le habla al corazón.

Para hacer esta pregunta a todos los hombres en sus diversas situaciones necesitamos hombres y mujeres santos, con la santidad del Santo de los Santos, de Jesucristo. San Benito nos dice en qué consiste la santidad en sus reglas, “no anteponer nada al amor de Cristo”²². En esto consiste la santidad, que se convierte hoy en una verdadera urgencia pastoral, pues sentimos la necesidad de arraigar la vida y la historia en sólidos fundamentos y éstos no son otros que el mismo Jesucristo. Él nos ha entregado en sí mismo la plena realización del amor a Dios y del amor a los hermanos. Aquellas palabras del Apóstol San Pablo tienen un eco especial en nuestra vida: “abandonando los ídolos, os habéis convertido, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Ts 1, 9). En esta conversión está el principio de una verdadera santidad que todos estamos llamados a realizar en nuestra existencia. ¿Quién es santo? El que se fascina ante la belleza de Dios y ante la belleza de su verdad y así ve como su vida va transformándose, no por sus fuerzas sino por la gracia y el amor de Dios. La santidad es la verdadera revolución que puede provocar que todos los que formamos parte de la Iglesia sintamos en lo más profundo de nuestro corazón la necesidad de vivir el mandato del Señor: “seréis mis testigos”.

“Él le dijo: Señor, que vea otra vez”

VII. La necesidad y el deseo más grande del hombre es saber quién es

34. Me vais a permitir un desvarío, pues ante tantas necesidades que observamos que padecen los hombres, pareciera que yo salgo por la tangente y, en vez de asumir y nombrar esas necesidades, salgo diciendo y afirmando que la necesidad más grande del hombre es ser curado, sanado y darle vida. Pues

sigo con este desvarío, porque la respuesta del ciego de Jericó, después de hacerle la pregunta “¿qué quieres que haga por ti?”, es clara y manifiesta la necesidad profunda que tiene: “Señor, que vea otra vez”. Hoy como siempre, pero con una intensidad especial por las oscuridades que abruman a la existencia de los hombres de todo tipo, personales, sociales, culturales, educativas, políticas, el ser humano necesita ver. La misericordia nos hace testigos creíbles del Amor de Dios. Nuestro poder tiene que ser la gracia y la misericordia, pues la cumbre del poder de Dios es la misericordia y el perdón. ¡Qué distintos seríamos los hombres si comprendiésemos y viviésemos esto! Testimoniar la presencia de Dios siempre es nuestra gran tarea: “seréis mis testigos”. Esta humanidad necesita del testimonio de unos hombres que dan a conocer a un Dios que comprende al hombre y que le habla al corazón.

35. El ciego de Jericó que habla con el Señor, por la respuesta que da, no siempre ha estado ciego. Él ha visto, antes podía ver pero ahora no ve. Quizá ésta es la imagen que mejor define el momento que vive el hombre de hoy. Tenemos datos suficientes para decir que hoy, de modos diferentes, los hombres están dando ese grito, “¡que vea!”. En muchos casos no saben a quién pedir volver a ver, pero lo gritan. El momento es urgente para los discípulos de Jesús, pues nos apremia a salir a encontrarnos con los hombres en todas las periferias donde están y viven. Nos ha dicho el Señor: “seréis mis testigos”. En esta nueva etapa del IDR se nos invita a ser sus testigos con todas nuestras fuerzas y contando con la gracia del Señor. Hay que serlo en medio del mundo y en la historia concreta de los hombres tal y como nos ha pedido y mandado el Señor: “id por el mundo y anunciad el Evangelio”. De una manera directa y sin tapujos el Papa Francisco en el encuentro que tuvo con los jóvenes argentinos en la catedral de San Sebastián les decía (y en ellos a nosotros): “¿Qué es lo que espero como consecuencia de la Jornada de la Juventud? Espero lío... Pero quiero lío en las diócesis, quiero que se salga fuera... Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos... Las parroquias, los colegios, las instituciones son para salir”²³.

36. Ante tantas realidades en las que viven los hombres y que necesitan ser curados y sanados, la Iglesia siente la necesidad de vivir con una inquietud misionera creadora, que le lleva a acercarse a los hombres como el Señor para hacerles ver, para buscar siempre la verdad, para saciar la vida haciendo

siempre el bien, para saciar el hambre que el ser humano tiene de libertad, para llenar su corazón de lo más bello. La Iglesia en su inquietud misionera sale a este mundo mirando a los hombres con los ojos y las entrañas del Señor y es consciente de que tiene la misión de entregar y anunciar ese gran tesoro: al mismo Jesucristo, al Salvador de la humanidad. Esta misión es la que da sentido a toda su actividad. En su misión la Iglesia siente la necesidad de suplicar con fervor: “¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven! ¡Ven! ¡Riega la tierra en sequía! ¡Sana el corazón enfermo! ¡Lava las manchas, infunde calor de vida en el hiel! ¡Doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero!”²⁴. Reconocer que la Iglesia se hace más Cuerpo de Cristo cada vez que se acerca a los hombres en todas sus situaciones, nos ayuda a entender estas palabras de Jesús: “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mt 20, 28). ¡Qué fuerza tiene para un cristiano descubrir que la Iglesia se presenta ante los hombres a la manera de Cristo, como servidora y dadora de la vida del Señor! Curamos, sanamos, damos vida, si todos los que formamos parte de la Iglesia nos mantenemos en la fidelidad y en la comunión para cumplir la misión de ir por el mundo como el Señor ha querido, “seréis mis testigos”. Es así como encarnamos estas palabras de Cristo: “Como me envió el Padre, así os envío

La gran crisis que vive el hombre hoy es la “crisis antropológica”. No sabe, no ve, tiene oscuridad en lo más importante, que es ver “¿quién soy yo?”, “¿quiénes son los demás para mí?”

yo... Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 21 s.).

37. El ser humano quiere y necesita ver. Y para hacer ver en plenitud qué es el hombre descubrimos que solamente la luz de Dios lo puede hacer. De ahí la importancia de que el hombre conozca

Dios es la redención del hombre. La historia del siglo pasado nos ha mostrado cómo en los países donde se quiso “legalmente” suprimir a Dios, también se aniquiló la dignidad y la libertad humana

al Dios vivo y verdadero. De ahí que la misión cristiana no es algo opcional, es un indicativo-imperativo: Jesucristo nos muestra con su vida entre nosotros el rostro de Dios (indicativo) y nos manda hacer lo mismo (imperativo). Así nos lo enseña Jesucristo, Él se acercó al ciego de Jericó y éste tuvo la oportunidad de poder decir al Señor lo que más estaba necesitando: “Señor, que vea”. ¡Cuánta gente desea ver! ¡Cuánta gente está esperando que alguien le muestre el rostro de ese Dios que, sin saberlo el ciego de Jericó, se acercó a él y percibió algo tan especial que tuvo el atrevimiento de decirle “Señor, que vea”!. Tengamos la seguridad de que solamente Dios es la redención del hombre. La historia del siglo pasado nos ha mostrado cómo en los países donde se quiso “legalmente” suprimir a Dios, también se aniquiló la dignidad y la libertad humana, el verdadero rostro del hombre, las relaciones que nacen de descubrir al otro como hermano, la economía, la creatividad que siempre crece y nace de una experiencia que va más allá de uno mismo. Y es que, son más fuertes y más hondas las destrucciones morales, las destrucciones de la dignidad del hombre. Esto sí que mata, hiere, rompe, destruye, quita la visión y hace sentir al hombre en lo profundo del corazón la necesidad de decir: “Señor, que vea”.

la libertad de la persona humana y devastamos la creación y el corazón del hombre.

“Jesús le dijo: Recobra la vista, tu fe te ha salvado”

VIII. El encuentro con Jesucristo nos devuelve la vista, nos regala la salvación y la verdad de nosotros

38. Tenemos que tener esta convicción: la verdadera renovación solamente puede llegar cuando Dios vuelve a la vida del ser humano, cuando Dios regresa a su historia personal y comunitaria, cuando se reconoce la centralidad de Dios. El hombre

no puede vivir de espaldas a Dios. Es verdad que la situación actual no es la que vivió el Apóstol San Pablo en la Atenas, que rendía culto a muchos dioses: la ciudad estaba llena de altares por todos los lugares y también al dios desconocido, que fue el que le dio la oportunidad de presentarlo. Hoy no hay altares. Para algunos, Dios se ha convertido en el gran desconocido y, para otros, hay otros altares no contruidos en la ciudad, pero si en el corazón del hombre, hay otros dioses que parecen llenar sus vidas pero que pronto producen un vacío existencial tremendo. Si adoramos a esos dioses contruidos por nosotros se desfigura

entendemos nuestra vida y la de los demás, con los ojos y el corazón, a la manera como nos lo enseña Nuestro Señor Jesucristo. Y cuando descubrimos la necesidad de seguir diciendo a los hombres de parte de la Iglesia, “¿qué quieres que haga por ti?”, constatamos que ser discípulo de Cristo, ser testigo de Él, va íntimamente unido a esta pregunta que con nuestra vida tenemos que hacer a todos los hombres que encontremos, y al mismo tiempo saber responderla adecuadamente con obras y palabras.

40. La primera página es la parábola del Buen Pastor (Cf. Jn 10, 1-21), con la

soteados y sacrificados, de los que no ven o no los dejan ver. Y, a diferencia de los reyes humanos, Él se revela como el verdadero Pastor: “Yo soy el Buen Pastor... Yo doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 14 s.). No es el poder lo que redime, ni da la salud, ni da la vista, ni regala la felicidad, sino el Amor. ¡Qué alegría produce en lo más hondo del corazón del ser humano, ser esa oveja que se siente cuidada, que se siente querida, buscada cuando se pierde y amada por Jesucristo! Esto que hace el Señor y que nos lo describe de esta manera tan bella y tan fácil de entender, es lo que quiere que haga la Iglesia. ¡Qué bien nos lo manifiesta el Señor en el encuentro con el



“El Papa Francisco nos habla de cultivar la cultura del encuentro”.

que descubrimos qué hace el Señor para devolvernos la vista, para que seamos felices, para encontrarnos con nosotros mismos, con los demás y con Dios. La parábola hace una revelación: Jesucristo, el Buen Pastor, redime, salva, devuelve la vista por amor. ¿Qué quiero decir con esto? En el antiguo Oriente, era costumbre que los reyes se llamaran a sí mismos pastores de su pueblo. Ciertamente, ésta era una imagen de poder. De alguna manera era una imagen llena de cinismo, pues para ellos los pueblos eran como ovejas de las que el pastor podía disponer como quisiera, a su agrado, a su gusto. Por el contrario, el pastor de todos los hombres, el Dios vivo y verdadero, se ha hecho Él mismo cordero, pues se ha puesto como vemos en la parábola de parte de los corderos, de los que son pi-

ciego de Jericó, lo encuentra en el camino, lo busca, lo escucha y le da la salvación, le devuelve la vista!

41. La otra página a la que hacía referencia antes es la encíclica “Ecclesiam suam” del Papa Pablo VI. En estas páginas se nos ofrecen algunas claves de cómo debe ser la comunidad eclesial para que logre hablar a los hombres de nuestro tiempo. Tiene tal actualidad esta encíclica que me he permitido considerarla en esta reflexión sobre el encuentro con Jesucristo que nos devuelve la vista. ¡Qué importante es el encuentro y el diálogo de la Iglesia con los hombres de nuestro tiempo! El Papa Francisco nos lo dice con otras palabras, nos habla de cultivar la cultura del encuentro, se trata de encontrarnos con los hombres en la situación real en la

que viven. ¡Qué impresionante es ver en todas las páginas de la Encíclica, la insistencia en dedicar todas nuestras energías al servicio de la Iglesia para que ésta sea cada día más conforme a los deseos de Nuestro Señor Jesucristo, que quiere encontrarse con todos los hombres! El hombre de nuestro tiempo tiene necesidad de encontrarse con Jesucristo, de ahí la importancia de la Iglesia como instrumento para la salvación de la humanidad, para que los hombres recuperen la visión. Destaco unas palabras sobre la Iglesia que eligió el Papa Pablo VI, que van desgranándose a través de toda la Encíclica, y que tienen una vigencia en la actualidad: “conciencia”, “renovación” y “diálogo”. La Iglesia tiene la conciencia de profundizar en sí misma sobre su origen, naturaleza, misión, destino final. La necesidad de renovarse y purificarse contemplando el modelo que es Cristo. Y la urgencia de descubrir que tiene que meterse en el mundo y dialogar con él. Por eso se preocupa de entablar relaciones permanentes con él. Hay unas palabras en la Encíclica que por su belleza y actualidad recojo: “El misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido, del cual el alma fiel, aun antes que un claro concepto, puede tener una connatural experiencia”²⁵. Y este misterio vivido es el que hará posible que sigamos preguntando, “¿qué quieres que haga por ti?” Y, al mismo tiempo, dinamizará en nuestro corazón todos los resortes de nuestra vida para que la gracia de Cristo nos alcance de tal manera que hagamos verdad lo que nos proponemos en esta etapa del IDR, “seréis mis testigos”.

42. Es importante tomar conciencia de lo que aconteció en la vida del ciego de Jericó, creyó en el Señor, él sabía que a quien pedía ver, se lo podía dar. La fe es el centro de todo. Es muy importante tomar conciencia de ello: “Tu fe te ha salvado” decía con frecuencia el Señor a los que curaba. No se curaban porque fueran tocados físicamente, sino porque tuvieron fe. De la misma manera, también nosotros sólo podemos servir al Señor con autenticidad, si nuestra fe es fuerte y abundante. ¡Qué bueno es para todos dar primacía a Dios! Si os habéis dado cuenta las tres primeras peticiones del Padre Nuestro se refieren a esta primacía de Dios: pedimos que sea santificado el nombre de Dios, que se respete y valore el misterio de Dios y que éste sea vivo y anime nuestra vida y que “venga el reino de Dios” y “se haga su voluntad”, que, al fin y al cabo, es vivir ya en el cielo, es traer el cielo a esta tierra, donde la unión del hombre con Dios es tal, que el reino de Dios se hace presente. ¿No será esto dar la vista? ¿No os parece que es esta gran aventura la que tenemos que realizar ya y proponer a todos los hombres?

43. Cuando el Señor devuelve la vista al ciego de Jericó, lo que hace es que vea que, solamente caminando con Dios, siguiendo dócilmente sus enseñanzas es cuando renueva su vida, quizá la que él tuvo en otro tiempo cuando veía y por eso pide ahora que le devuelva la vista. Ver puede tener el mismo significado que convertirse, pues es aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, que dependemos del amor. Volver a ver y convertirse es un proceso, es seguir con sencillez y confianza al Señor. La

conversión vence al mal en su raíz que es el pecado. Volver a ver y convertirse es confiar en la fuerza del perdón, dejarnos llevar de la mano del Señor, salir de las arenas movedizas que son el orgullo y la soberbia, salir de la tristeza y de la mentira, del egoísmo y de las falsas seguridades, para vivir de la riqueza del amor y de la gracia que nos da gratuitamente Jesucristo.

“Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios”

IX. Los frutos de la fe: visión de totalidad, seguimiento y alabanza

44. ¿Cómo decir hoy a todos los hombres que Jesucristo ha venido al mundo por cada uno de nosotros? Sólo lo podemos hacer si recobramos la vista como el ciego de Jericó. Siempre me han llenado de gozo aquellas palabras con las que nos llegó el mensaje de la venida de Cristo a este mundo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría... Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador” (Lc 2, 10-11). Los ángeles anunciaron que es una “gran alegría para todo el pueblo”. Con miedos no hay visión de totalidad, entre otras cosas porque no hay alegría. Este mensaje proclama que el Hijo de Dios nació por ti y por mí, por todos los hombres de todo tiempo y lugar. De tal manera que Belén se convirtió en un lugar de gloria imperecedera, el lugar en el que, en la plenitud de los tiempos, Dios eligió hacerse hombre y así acabar con el reinado del pecado y de la muerte y

traer la vida nueva llena de Luz y Amor. Jesucristo con su vida, muerte y resurrección, nos ha dado una vida nueva y nos ha entregado una visión nueva. Somos nuevos y todo lo vemos de otra manera, al modo en que Dios ve todo lo que existe. Así, Jesucristo se convierte en esa Luz que nos hace ver todo de una manera nueva, con la novedad que viene de Él. Es luz, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9). Es

Arriesguemos toda nuestra existencia por ese gran “sí” [a Dios], pues así penetraremos en la alegría verdadera y en el misterio de la vida humana

Dios, que vino a poner su tienda entre nosotros (cf. Jn 1, 14) para indicarnos el camino de la inmortalidad propia de los hijos de Dios y para hacerlo accesible. También es una luz que caldea nuestro corazón, porque Dios nunca nos dejará solos. En este sentido, el ciego de Jericó cuando recobra la vista,



“Seguir las huellas del Señor es una tarea en la que no estamos solos, porque Él nos acompaña”. (En la imagen, peregrinación juvenil desde Agullent a Ontiyent, encabezada por el arzobispo de Valencia (con sombrero y bastón), en la primera edición de la ‘Ruta Gent Jove’, en mayo de 2012).

JAVIER PEIRO

todo lo ve diferente, ha conocido a Cristo y ha visto el rostro de Dios. En Jesucristo, Dios se manifiesta y se hace cercano al hombre. Ahora se trata de proseguir el camino, para hacer más efectivo y concreto el gran “sí” que Dios, en Jesucristo ha dado al ciego y a cada hombre, al amor humano, a la libertad, a la inteligencia. ¡Cómo hacer posible que todos comprendan que el ser discípulo de Cristo, es decir un gran “sí”! Un “sí” que viene de Dios mismo y que se concreta en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Arriesguemos toda nuestra existencia por ese gran “sí”, pues así penetraremos en la alegría verdadera y en el misterio de la vida humana.

45. “Recobrar la vista” significa brillar y dar luz. Recordemos aquellas palabras del Evangelio, “alumbré así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16). Jesucristo al devolver la vista al ciego, le devuelve esa capacidad para irradiar la Belleza de Dios al mundo. Esto mismo es lo que la Iglesia hace: su misión y la de cada cristiano es irradiar esa Belleza. Para ello, lo que se necesitan son testigos, como el ciego, que sabía quién le había devuelto la vista, Cristo, y, por ello, inmediatamente, se pone a seguirlo y a alabar a Dios. Hay una clave importante para quien pide ver y el Señor hace posible esta petición: ser “testigos del amor”.

Os escribo con alegría, porque es la alegría de quienes sabemos que tenemos un tesoro que es Jesucristo, que nos ha dado su vida

No se trata de explicar, se trata de mostrar. No se trata de convencer, sino de “hacer ver” con nuestra propia vida que ha sido transformada por el mismo Jesucristo²⁶.

46. “Seguir las huellas del Señor” es una tarea en la que no estamos solos, porque Él nos acompaña. Cuando se conoce a Jesucristo, es imposible darle la espalda, pues cuanto más entramos en comunión con Él, con mucha más fuerza tenemos los mismos sentimientos del Señor que, al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque

recorriendo los pueblos y ciudades, los encontraba cansados y abatidos como ovejas que no tenían pastor (cf. Mt 9, 36). A nosotros nos pasa como al ciego de Jericó: cuando nos ponemos a caminar con Jesucristo, en nombre de Jesucristo y para dar a conocer a Jesucristo, deseamos seguirle cada vez más y mejor. También encontramos más gente que necesita ver. Trabajemos en la Iglesia, pero sin olvidar que el trabajo lo hacemos desde la comunión con el Señor. Dejemos que habite en nosotros el Espíritu Santo y sigamos con docilidad sus indicaciones, seamos generosos tratando de ser cristianos coherentes, siempre con la ayuda de la gracia divina por la que realizamos los sueños más nobles y elevados. Permaneciendo junto al Señor, a través de la oración, de la formación y reforzados por la gracia de los Sacramentos, iremos conociendo la voluntad del Dios para nuestra vida. Seguir al Señor supone tener sed de santidad, que en la medida que esté en nuestra vida, irradiaremos. Seguir al Señor supone hacer verdad lo que el Papa Francisco dijo a los jóvenes en Río de Janeiro: “Vayan, sin miedo, para servir... Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos... nos envía a todos... El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor... Sin miedo... No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte... Somos enviados juntos... Para servir... Canten al Señor un cántico nuevo... ¿Cuál es este cántico nuevo?... es dejar que nuestra vida se identifique con la de Jesús, es tener sus sentimientos, sus pensamientos, sus acciones... Es una vida de servicio”²⁷.

47. El ciego de Jericó recobra la vista, sigue al Señor y lo glorifica. Este ir por la vida glorificando a Dios tiene una fuerza especial en estos momentos. Glorificar a Dios es darle espacio en nuestra vida, dejar que la invada. ¿No os habéis dado cuenta del himno que la Santísima Virgen María canta en el momento en que su prima Isabel la llama bienaventurada a causa de su fe? En este himno vemos cómo María ha dejado toda su vida para que sea ocupada por Dios. El himno es una acción de gracias, de alegría manifiesta en Dios y de bendición a Dios por sus grandes hazañas. Decir así, “Proclama mi alma la grandeza del Señor”, es acoger a Dios en su vida, darle espacio en este mundo, permitir que Dios entre en nuestro tiempo y en nuestro obrar. Aquí está el núcleo de la verdadera glorificación, alabanza y oración. Quien proclama en su vida la grandeza de Dios, no solamente no queda empequeñecido, sino que alcanza su máxima grandeza y su máxima luz. Ése sí que recobra la vista.

48. Glorificar y adorar son dos palabras que hoy no son fáciles de entender, pues pareciera que pertenecen a un lenguaje de otro tiempo. Y, sin embargo, no es así. Sin estas palabras y sin el contenido que ellas expresan al ser humano



MANOLO GUALLART

“Cuando nos ponemos a caminar con Jesucristo, deseamos seguirle cada vez más y mejor”. (Participantes en la iniciativa ‘Nightfever’, organizada el pasado mayo en Valencia por jóvenes de la archidiócesis en colaboración con la comisión diocesana de Infancia y Juventud).

le falta lo fundamental para realizarse como persona y para alcanzar su humanidad verdadera. Antes he dicho lo que significaba glorificar, pero ¿qué otra cosa significan glorificar y adorar? También significan reconocer la presencia de Dios. La adoración es el reconocimiento por parte del hombre de su dependencia radical de Dios como su Creador y de la presencia, la más íntima de Dios en sí mismo²⁸. Un reconocimiento lleno de gratitud que brota de lo más hondo del corazón y abarca todo el ser. Es reconocer que el ser humano sólo se realiza plenamente adorando y amando a Dios por encima de todas las cosas. ¿Cómo podemos contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Convertiéndonos en hombres de la verdad, de la bondad, del perdón, de la misericordia, pero todo ello con las medidas de Dios. Dios es nuestra medida y a Él recurrimos como el ciego de Jericó para que nos devuelva la vista. “Seréis mis testigos”, es decir, como el ciego, “lo seguía, glorificando a Dios”.

“Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios”

X. Salir sin miedo a servir, “Seréis mis testigos”: Horizontes, propuestas y perspectivas nuevas

49. ¿Con qué alegría os he escrito esta carta! Es la alegría que nace del encuentro con Jesucristo, de sabernos llamados y enviados a anunciarle, de ser conscientes que somos miembros vivos de su Iglesia. Es la alegría que nace de comunicaros que el IDR tiene este año un lema que nos alcanza y nos remite a Jesucristo y a todos los hombres, porque es la alegría de quienes sabemos que tenemos un tesoro que es Jesucristo, que nos ha dado su vida y nos dice que como Él, a su estilo y a su manera, con sus pensamientos y sentimientos, con sus manera de decir y de

Que la pregunta que da título a esta carta y su contenido os sirva de aliento para vuestras comunidades [de vida consagrada], “¿qué quieres que haga por ti?”

obrar, con su gracia y con su amor, vayamos preguntando a todos los hombres, “¿qué quieres que haga por ti?”.

50. Hemos recibido un regalo del Papa Francisco, la Encíclica “Lumen fidei”, en la que, a través de cuatro capítulos, se nos van desggranando verdades fundamentales para nuestra vida: nos manifiesta que “quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce el ocaso”²⁹. ¡Qué fuerza tienen los títulos de los distintos capítulos que componen la Encíclica en sí mismos! Nos invitan a vivir, a comprender, a transmitir y a descubrir que Dios prepara otro mundo diferente. “Hemos creído en el amor”; “Si no creéis, no comprenderéis”; “Transmito lo que he recibido” y “Dios prepara una ciudad para ellos”. Os invito a hacer de esta Encíclica instrumento de estudio, reflexión, oración y orientación pastoral.

51. Os quiero mostrar algunos horizontes, propuestas y perspectivas nuevas y concretas con las que podamos presentarnos en este mundo concreto en el que vivimos, haciendo vida nuestro IDR, que en esta cuarta etapa o ciclo, nos llama a vivir una realidad que configura toda nuestra vida, “seréis mis testigos”. Y para facilitarlos el aprendizaje de ser testigos del Señor, quiero ayudaros con esta carta que lleva por título la misma pregunta que Jesús hizo al ciego de Jericó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Con ella deseo animaros a vivir la misión en la Iglesia. La Iglesia, o es misionera o no es la Iglesia de Cristo. Precisamente por ello con las mismas palabras del Papa Francisco os invito a “salir, sin miedo, para servir”, preguntando “¿qué quieres que haga por ti?”.

52. “El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable”³⁰ y lo sigue realizando a través de la Iglesia de Cristo, que toma rostro en esta Iglesia particular que es nuestra Archidió-

cesis de Valencia. Esta ciudad fiable que quiere construir el Dios digno de fe, desea contar con todos nosotros, miembros vivos de la Iglesia, que es morada de Dios entre los hombres. Para ello, os propongo algunas tareas que juntos podemos realizar con la ayuda, la gracia y el amor de Dios. Hago una propuesta que debe enmarcar, dar sentido y orientar a todas las demás y que ha supuesto durante estos cuatro años un “plan de pastoral” no al uso, pero sí singular, renovado y generador de misión para todos los creyentes, al que hemos invitado a entrar en él a todos sin excepción, y a que pudieran ir incorporándose en el momento que fuera, ya que no estaba encerrado en una cuadrícula, sino que es generador de un movimiento eclesial en el anuncio, el conocimiento y la celebración de la fe según Cristo. Ha sido una gracia de Dios, reconocida por todos los que desde el inicio se incorporaron a él y por quienes lo han ido haciendo a lo largo del proceso. Nos ha llevado a descubrir y a gozar de la vida cristiana y nuestra pertenencia a la Iglesia más profundamente y a descubrir la misión: “salir, sin miedo, para servir”, han sido, no palabras, sino realidades vividas.

53. En esta tarea de abrir horizontes, de hacer propuestas y marcar perspectivas nuevas, y en ese deseo de “salir sin miedo a servir”, os pido a todos los Religiosos, Religiosas, Institutos Seculares, Sociedades de Vida Apostólica y Nuevas Familias y Formas de Consagración presentes en nuestra Iglesia, a través de quienes forman parte de las mismas y también de todas vuestras obras, que la pregunta que da título a esta carta y el contenido de la misma os sirva de aliento para vuestras comunidades. “¿Qué quieres que haga por ti?”. Es una pregunta que sintetiza muy bien vuestra entrega y vuestra misión en la Iglesia, y que vuestros fundadores quisieron hacerla suya y supieron responder y hacerla resonar de nuevo en la historia, en nombre del Señor. En este sentido, podéis aportar mucho a la realización del IDR, a las Comisiones Diocesanas. También otras instituciones que tenemos en la Iglesia os pueden servir y ayudar en la misión que el Señor regaló a la Iglesia a través de vuestros fundadores. Gracias por vuestra vida y misión, porque así el rostro de la Iglesia que camina aquí en Valencia, es cada día más hermoso y muestra la belleza del Señor.



ALBERTO SÁIZ

“Podéis aportar mucho [quienes forman parte de la vida consagrada] a la realización del IDR, a las Comisiones Diocesanas. También otras instituciones que tenemos en la Iglesia os pueden servir y ayudar en la misión que el Señor regaló a la Iglesia a través de vuestros fundadores”. (Instantánea de la oración de los cartujos en el monasterio de Porta Coeli).

Una misión que hay que realizar en medio del mundo y entre todos los hombres con los que vivimos, para la que no hay que tener miedo y una misión que entraña en sí misma, servicio a todos los hombres. Junto a esta propuesta general que es el IDR, encontramos algunas claves en la Encíclica “Lumen fidei”, que deseamos que orienten muchas de las tareas que en nuestra Iglesia Diocesana se realizan.

1.ITINERARIO DIOCESANO DE RENOVACIÓN:

54. El Itinerario forma parte ya de una manera de caminar como cristianos, de trabajar, de servir y obrar. Es un modo de descubrir, vivir y tener la experiencia eclesial. Os invito a que en todas las comunidades cristianas sigan los grupos y se formen otros grupos. Es

verdad que habrá grupos que están trabajando ya, pero es muy importante incorporar de la mejor manera lo que estamos haciendo como proyecto común en toda la Archidiócesis. Cuando comenzamos el Itinerario, ya dijimos que cada uno se iba incorporando en el tiempo y en el momento que lo descubriese y que no era necesario comenzar por la etapa primera. El lema que enmarca el trabajo de esta etapa es muy sugerente: “seréis mis testigos”. Es una llamada fuerte a la misión. Aquí se insertan acciones significativas que tendrán trascendencia para la vida de la Iglesia Diocesana: el “Congreso sobre parroquia y nueva evangelización” que no es “término de”, sino principio de una reflexión que todos, sacerdotes, religiosos y laicos tenemos que realizar, así como también la “Misión Magnificat” que quiere presentar a la Virgen María como la primera y más grande testigo del Señor, por la compasión y misericordia del Señor reflejada en su vida y regalada a todos los hombres. Animad a todos a entrar en el IDR. Es la brújula y el mapa que aglutina y guía todas nuestras tareas eclesiales.

2. HEMOS CREÍDO EN EL AMOR: “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”:

55. Porque creemos en el amor, sabemos que el hombre fiel recibe su fuerza confiándose en las manos de Dios. San Agustín lo explica así: “el hombre es fiel creyendo a Dios, que promete; Dios es fiel dando lo que promete al hombre”³¹.

Por ello os invito a hacer estos compromisos:

2.1. Día del Señor: Asumid y haced todo lo que podáis por vivir el Domingo, el Día del Señor. No es un fin de semana. Es un día para abrimos a Dios, para participar de la Mesa del Señor, para ver el cielo en la tierra y para hacerlo nosotros con la fuerza y la gracia del Señor. Reuníos en familia, id juntos a celebrar la santa Misa. Entrando en comunión con el Señor se nos abren horizontes absolutamente nuevos.

2.2. Adoración Eucarística Perpetua y tiempos de Adoración al Señor: Va a hacer un año, el día 16 de septiembre, que abrimos la primera capilla de Adoración Perpetua en la Párrroquia de San Martín de Valencia, que ha sido y es una gracia inmensa del Señor. Para este próximo curso se abrirán otros lugares de adoración en la Archidiócesis. Es necesario dedicar tiempo al Señor, permanecer en su presencia, reconocerle como el Camino, la Verdad y la Vida. Por otra parte, os invito a que en todas las parroquias y comunidades un día a la semana (siguiendo la tradición en la Iglesia, puede ser los jueves), tengáis un tiempo de adoración al Señor. Todo cambia cuando está El y contamos con El. El obra maravillas.

2.3. Sacramento de la Confesión y Dirección Espiritual: Os invito a poner un horario de confesión en todas las comunidades parroquiales, que los cristianos sepan que el Señor les está esperando para regalarles su consuelo, su misericordia y su perdón. Por otra parte, ofrezcamos la dirección espiritual a los discípulos de Cristo.

3. SI NO CREÉIS, NO COMPRENDERÉIS: “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”:

Os invito a que en todas las parroquias y comunidades un día a la semana tengáis un tiempo de adoración al Señor

origen hasta su consumación”³³. Para profundizar en esa necesidad que tiene el hombre de conocimiento y de verdad para poder subsistir, os invito a que aprovechéis los tesoros y los instrumentos que la Archidiócesis os regala:

3.1. Facultad de Teología: los estudios que se ofrecen en la Facultad y el Instituto Superior de Ciencias Religiosas, el curso de Formación permanente,

tualidad. Los profesores están disponibles para cualquier consulta que se les requiera, así como también para programar en las parroquias, arciprestazgos o vicarías los cursos que con los responsables se sugieran.

3.4. Instituto Diocesano de Ciencias Religiosas: Está implantado en toda nuestra Archidiócesis y programa cursos de formación cristiana a través de arci-

su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz”³⁴. “La Iglesia, como toda familia, transmite a sus hijos el contenido de su memoria, así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree”³⁵. Teniendo como marco de referencia estos números de la Encíclica “Lumen fidei”, la Iglesia diocesana



MANOLO GUALLART

“Va a hacer un año, el día 16 de septiembre, que abrimos la primera capilla de Adoración Perpetua en la Párrroquia de San Martín de Valencia, que ha sido y es una gracia inmensa del Señor. Para este próximo curso se abrirán otros lugares de adoración en la Archidiócesis. Es necesario dedicar tiempo al Señor, permanecer en su presencia, reconocerle como el Camino, la Verdad y la Vida”.

(Entrada en procesión con el Santísimo a la Capilla de Adoración Perpetua de la parroquia de San Martín, el 16 de septiembre de 2012, día de su apertura).

las diversas conferencias y actividades que a lo largo del curso se irán desarrollando y que serán pronto presentadas a través de nuestros Medios de Comunicación Social (MCS). Es importante que sepáis que todos los profesores pueden ayudaros a buscar las lecturas adecuadas a vuestras preocupaciones e intereses.

3.2. Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”: Aparte de los estudios que la propia Facultad imparte en el curso ordinario, se programarán cursos, conferencias, seminarios. Ofrecen temas de una importancia especial para la vida de la Iglesia que a través de nuestros MCS se darán a conocer. Todos los profesores están disponibles para cualquier consulta o aclaración que deseéis realizar.

3.3. Pontificio Instituto Juan Pablo II para el estudio del matrimonio y la familia: Junto a los estudios propios del Instituto, que tanta importancia tienen en estos momentos, se imparten conferencias y cursos de temas de ac-

prestazgos y parroquias. Podéis informaros a través de su secretaría general.

3.5. Cátedra de Teología “Fides et Ratio” de la Universidad Católica “San Vicente Mártir”: Tienen programados cursos, conferencias y seminarios que los MCS de la Archidiócesis darán a conocer.

3.6. Instituto Superior de Ciencias Religiosas a Distancia en la Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”: Ofrece desde hace años la formación a distancia con la metodología propia de este tipo de enseñanza. Los que tengan interés en la Secretaría General de la Universidad recibirán la información y les pondrán en comunicación con los responsables.

4. TRANSMITO LO QUE HE RECIBIDO: “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”:

57. “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido

os propone como medios de transmisión de la fe los siguientes:

4.1. Catecismo de la Iglesia Católica: Que todos los cristianos conozcan, estudien, reflexionen y compartan el depósito de la fe. El curso pasado hicimos una publicación muy sencilla, “Lo fundamental de nuestra fe”, en la que con palabras del Catecismo de la Iglesia Católica recorriamos todo el contenido del mismo. Ofrecemos la posibilidad de daros a conocer cómo trabajarlo en grupo o a nivel personal.

4.2. Comisión Diocesana de Catequesis: La Comisión programará este curso sus actividades teniendo como trasfondo esta pregunta que en nombre del Señor sigue haciendo la Iglesia: ¿Qué quieres que haga por ti? Para ello, marca la dirección y potencia la comunión en la transmisión de la fe en nuestra Archidiócesis de Valencia. La transmisión de la fe no es cuestión de gustos personales, es una cuestión fundamental para la Iglesia, que tiene la misión principal y responsabilidad de ser el primer catequista. Por ello, esta Co-

misión, con su Presidente y equipo, presta la ayuda que necesiten y la orientación adecuada a las comunidades parroquiales e instituciones educativas en sus departamentos de transmisión de la fe, así como también a los sacerdotes y catequistas.

4.3. Comisión Diocesana de Liturgia y de Patrimonio Histórico-Artístico: No hay fe verdadera si no es celebrada tal y como la Iglesia quiere y desea. La Comisión presta todas las ayudas necesarias a través de los cursos diversos que organiza para que la celebración y la belleza del culto ayude a encontrarnos con el Señor. También orienta en todas las reformas que se realizan en los lugares de culto.

4.4. Comisión Diocesana de Espiritualidad: Salgamos al paso de los vacíos que hoy vive el ser humano. Sabemos que no hay desarrollo pleno ni un bien común universal sin el bien espiritual y moral de las personas consideradas en su totalidad de alma y cuerpo. Llevemos a los hombres y mujeres de este mundo a Dios, acompañémosles. Hay necesidad de personas de diálogo profundo con el Señor. Propongamos la espiritualidad eucarística que abarca la vida entera. Y ésta no es solamente participación en la Misa y devoción al Santísimo Sacramento. La Eucaristía, como fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, se tiene que traducir en espiritualidad y en vida según el Espíritu. Recordemos aquellas palabras de San Pablo: “Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto” (Rm 12, 2). La renovación de la mente es parte integrante de la dimensión eucarística de la vida cristiana, que tiene que ver, como decían los padres sinodales en el Sínodo sobre la Eucaristía, con la vida cotidiana. Presentemos esta espiritualidad tan arraigada en nuestra Iglesia Diocesana.

5. DIOS PREPARA UNA CIUDAD PARA ELLOS: “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”:

58. “El Dios digno de fe construye para los hombres una ciudad fiable”³⁶. “La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común. Sí, la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia, ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza”³⁷.

Por todo ello, lanzo el reto a las Comisiones Diocesanas a hacerse esta pre-

gunta desde la responsabilidad que cada una tiene y en el ámbito o sector al que sirve: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Y la respuesta ha de llevarnos a discernir entre todos cómo “hacer ver” a nuestros hermanos y hermanas. Trabajemos escuchando a las comunidades parroquiales. Hagamos esta pregunta con un sentido misionero que es lo propio de la Iglesia, no sólo para hablar a los que están ya, sino para buscar a los que no están, siendo creativos en las estrategias necesarias para hacer llegar la cercanía y la voz del Señor:

5.1. Comisión Diocesana de Educación Católica.
5.2. Comisión Diocesana para la Familia y Defensa de la vida.
5.3. Comisión Diocesana para la Infancia y Juventud.
5.4. Comisión Diocesana de Misiones.
5.5. Comisión Diocesana de Relaciones Inter-confesionales.
5.6. Comisión Diocesana de Turismo y Tiempo libre.
5.7. Comisión Diocesana para Mayores.
5.8. Comisión Diocesana de Pasto-



ALBERTO SAIZ

“Tenemos la misión de actualizar en la historia el Amor de Nuestro Señor Jesucristo. La institución de la Iglesia válida para ello es Cáritas”.

(Aula-taller de vidrio de Cáritas Diocesana de Valencia).

ral del M. Ambiente y Ecología.
5.8. Comisión Diocesana de Pastoral Social.
5.9. Comisión Diocesana de Pastoral Penitenciaria.
5.10. Comisión Diocesana de Pastoral del Trabajo.
5.11. Comisión Diocesana de Pastoral de la Salud.
5.12. Foro de Laicos

6. OPCIONES PRIORITARIAS PARA “LA CIUDAD QUE DIOS ESTÁ PREPARANDO PARA EL HOMBRE”: “¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?”:

59. Deseo dar una prioridad a algunas instituciones, movimientos y tareas de la Iglesia, pues creo que en estos mo-

mentos debemos poner nuestro empeño y nuestro corazón en los siguientes acentos prioritarios:

6.1. Cáritas Diocesana: Tenemos la misión de actualizar en la historia el Amor de Nuestro Señor Jesucristo. La institución de la Iglesia válida para ello es Cáritas. En todas las comunidades cristianas debe realizarse la mejor defensa de Dios y del hombre, que consiste precisamente en acercar el Amor de Dios. En todas las parroquias debe estar presente Cáritas. Junto a Cáritas apoyemos todas las Fundaciones que ella sostiene y dirige, y que ayudan a los que más necesitan.

6.2. Movimiento Junior: Tiene una historia y una trayectoria grande en nuestra Archidiócesis de Valencia. Es un movimiento que os invito a apoyar y a que esté presente en todas nuestras comunidades parroquiales. Tiene una opción clara de Iglesia y de presencia en medio del mundo desde su propia identidad. Lleva a término un servicio importante a la infancia y muchos jóvenes se integran en él como educadores de los niños y niñas. En estos momen-

Trabajemos escuchando a las comunidades parroquiales

6.4. Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir”: El “Proyecto persona y economía de comunión” que comenzamos el curso pasado y que ha atendido a numerosas personas, con la identidad propia de la universidad, sigue vigente y con incentivos nuevos para hacerlo más viable y responda mejor a las necesidades de quienes han terminado sus estudios y están en búsqueda de trabajo. Es importante que en todas las Facultades de la Universidad, en todos los profesores desde la visión cristiana de la persona, en la ciencia que imparten y en cómo lo hacen, esté presente la pregunta del Señor al ciego de Jericó, “¿qué quieres que haga por ti?”. Las capellanías buscarán el modo y la manera de hacerse cercanos a los estudiantes y a los profesores, para que esta pregunta acrisole todo lo que programen.

6.5. Pastoral juvenil: Sigamos y hagamos viables las Orientaciones que los Obispos de la Provincia Eclesiástica hemos escrito para la Pastoral Juvenil. El trabajo con los jóvenes tiene que ser una prioridad en nuestra acción pastoral. Seguiremos con las viglias de oración en la Basílica de la Virgen, el primer viernes de mes y el segundo por diferentes parroquias de nuestra Archidiócesis.

6.6. Pastoral Vocacional: Es una opción que, aunque la ponga al final, es la más prioritaria. Que en todas las parroquias y demás comunidades oremos confiada e ininterrumpidamente por las vocaciones: “rogad al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38). Las Orientaciones que los Obispos de la Provincia Eclesiástica dimos para la Pastoral vocacional siguen vigentes y os animo a incorporarlas en todas las comunidades cristianas. Tenemos que ser sinceros y ver que la capacidad de suscitar vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada es un signo seguro de la salud de la Iglesia Diocesana. Hagamos a los jóvenes esta pregunta: ¿puede haber un signo de amor más grande que seguir las huellas de Cristo, que no dudó en dar la vida por sus amigos, que son todos los hombres? No dudemos en llamar a vivir una entrega radical, el Señor nos enseñó a hacerlo. Contad conmigo siempre para poder saludar y animar a quienes vosotros, los sacerdotes, veáis que muestran signos de vocación. No dudéis en llamarme. Sabéis que nuestro Centro de Orientación Vo-



(Mosaico sobre la curación de Jesús al ciego de Jericó. Artista desconocido. Siglo VI. Basílica de Sant’Apollinare Nuovo. Ravena -Italia-).

cacional está permanentemente al servicio de los jóvenes que deseen hacer un discernimiento vocacional y un acompañamiento espiritual.

60. Con el deseo y la petición al Señor de que la pregunta que Él hizo al ciego de Jericó, “¿qué quieres que haga por ti”?, muestre públicamente la pasión que mueve nuestra vida, el compromiso que cada uno de nosotros hace para que sea creíble esta pregunta, y verifiquemos con nuestra existencia que hemos aceptado con todas las consecuencias el mandato de Jesús, “seréis mis testigos”, pongo todo lo que os he comunicado en manos de la Mare de Déu dels Desamparats, y le pido que nos haga entender cada día mejor sus palabras, “haced lo que Él os diga”.
Con gran afecto os bendice

+ Pablo, Obispo de Valencia

Valencia, 15 de agosto de 2013,
solemnidad de la
Asunción de Nuestra Señora

■ Notas

- [1] Lumen fidei, 3.
- [2] Lumen fidei, 4.
- [3] Íbid., 4.
- [4] Lumen fidei 20-21.
- [5] Discurso del Santo Padre Francisco al Episcopado Brasileño, Río de Janeiro 27-VII-2013.
- [6] En las Encíclicas de Benedicto XVI: “Deus caritas est” y “Spe salvi”, y en la recién presentada del Papa Francisco “Lumen fidei” se nos invita a vivir en plenitud la fe, la esperanza y la caridad.
- [7] PABLOVI, Encíclica “Evangelii nuntiandi”, 53.
- [8] Cf. “Evangelii nuntiandi”, 27.
- [9] BENEDICTO XVI; Encíclica “Deus caritas est”, 39.
- [10] BENEDICTO XVI; Encíclica “Caritas in veritate”, 15..
- [11] “Evangelii nuntiandi”, 26.
- [12] Cf. J. RATZINGER, La Europa de Benedicto en la crisis de las culturas, 64.
- [13] Cf. SAN AGUSTÍN, De Civitate Dei, XIV, 28: CSEL 40, II, 56s.
- [14] JUAN PABLO II, Encíclica “Redemptor hominis”, 10.
- [15] SAN IRENEO, Adversus Haereses. IV, 20, 5. 7.
- [16] HANS URS VON BALTHASAR: Mysterium Paschale I, 4
- [17] Cf. J. RATZINGER, Europa. Sus fundamentos hoy y mañana, 26. La inviolabilidad de la dignidad humana es previa a cualquier poder humano, social, económico y político porque el hombre que ha sido creado a imagen y semejanza de

- Dios, y porque goza de una vida cuyo valor es único, soberano, sagrado, innegociable, insustituible e intangible.
- [18] JUAN PABLO II, Encíclica “Redemptor hominis”, 11e.
 - [19] Cf. SAN AGUSTÍN, De Civitate Dei, I, 1: CCL 27, 1.
 - [20] JUAN PABLO II, Discurso a los enfermos en Polonia, 27-V-2006.
 - [21] JUAN PABLO II, Homilía misa consagración del Santuario de la Misericordia Divina, 17-VIII-2002.
 - [22] SAN BENITO, Regla, IV, 21.
 - [23] FRANCISCO, Encuentro con los jóvenes argentinos, 25-VII-2013.
 - [24] MISAL ROMANO, Secuencia de la Misa de Pentecostés.
 - [25] Encíclica “Ecclesiam suam”, 178.
 - [26] Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”, 42.
 - [27] FRANCISCO, Homilía en la Misa de 28-VII-2013.
 - [28] CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2096-2097.
 - [29] Encíclica, “Lumen fidei”, 1.
 - [30] Encíclica, “Lumen fidei”, 50..
 - [31] Encíclica, “Lumen fidei”, 10.
 - [32] Encíclica, “Lumen fidei”, 26.
 - [33] Encíclica, “Lumen fidei”, 28.
 - [34] Encíclica, “Lumen fidei”, 37.
 - [35] Encíclica, “Lumen fidei”, 40.
 - [36] Encíclica, “Lumen fidei”, 50.
 - [37] Encíclica, “Lumen fidei”, 51.